

Rialto, 11

A*

Belén Rubiano

Rialto, 11

Naufragio y pecios de una librería

Primera edición, 2019

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © Belén Rubiano, 2019

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Ilustración de cubierta: © Jessica Russo
Fotografía de la autora: © Montse Rubiano

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-75-1
Depósito legal: B. 4.823-2019
Impreso por Reinbook, serveis gràfics, S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Para Beatriz

Yo tenía una librería en Sevilla. Era tan hermosa como pequeña, de techos altísimos con elegantes molduras, vitrinas con luz y azulejos catalogados por Patrimonio que no se debían horadar aunque viniera Dios y te lo ordenara él mismo y porque sí. Estaba en el número once de la plaza Padre Jerónimo de Córdoba, pero no preguntéis a un sevillano por esa dirección, pues a menos que viva al lado os dirá que, aunque le suena mucho, no la ubica. Se conoce como la plaza del Rialto por un antiguo cine que también lo apandó el tiempo y sus estragos. En mi vida, hasta ahora, he conocido dos revoluciones: aprender a leer y Billy. Billy es el gato con el que vivo y tener y no tener una librería son mis dos maneras de leer.

Recuerdo con absoluta nitidez mi aprendizaje de la lectura. Una revista que compraba mi madre incluía en sus páginas centrales, apaisadas, unas viñetas que me encantaban. La protagonista era una niña, la ilustración muy tosca y yo imaginaba todo lo que le ocurría. Un día me di cuenta de que, a menudo, sobre la niña y su familia había una nube con un piquito como de pájaro, y

dentro de la nube los mismos caracteres esotéricos que inundaban el resto de la revista. Aquel día intuí que esa grafía contenía un relato. Que el argumento que yo atribuía a esa niña hasta entonces era el mío, no el de ella, y tenía que conseguir descifrar el verdadero. Empecé con las palabras cortitas (los artículos y nexos) y aún hoy puedo evocar con claridad las dificultades y el esfuerzo, tan arduos hasta que se reveló el misterio, de aquella niña tumbada en el suelo de la cocina de Marchena, con el sol de invierno en las páginas y las piernas. El resto, con la ayuda de una amiga, nombre que en el pueblo se les daba a las solteronas que improvisaban una guardería en sus casas y adonde iba con mi sillita de enea a pasar las mañanas, fue fácil. Descubrí entonces que la niña era bastante cursi y, cuanto le ocurría, mucho más aburrido que mis ingenuas interpretaciones pero, a cambio, podía devorar toda una revista mensual. Tenía tres años y sabía leer.

Si la pobre criatura del doctor Frankenstein solo tuvo a su alcance tres libros que le hicieran de linterna para despejar la oscuridad del mundo al que acababa de nacer (Plutarco, Milton y Goethe), en aquella casa nuestra yo también encontré tres únicos libros: *Los siete pecados capitales en USA*, de Fernando Díaz-Plaja; *Tres muchachas de París*, de Max Catto, y el *Estatuto de los trabajadores* en una edición con las cubiertas en tela de Tecnos. Los dos primeros los devoré y aún los tengo. La novela de las tres pilinguis de París me pareció sosa y mal escrita, a Díaz-Plaja le sigo guardando cariño desde entonces, y el Estatuto —que era el único que me servía de texto cuando jugaba a ser maestra con todos mis aplicados muñecos sentados en severas hileras atendien-

do a mis enseñanzas, o de biblia cuando jugaba a ser cura y los mismos juguetes eran mis feligreses—, por desatenta puntería, aunque en mis dedos resista la memoria de su tacto, no lo conservé.

Tras los primeros cuentos, pocos, vino el asalto literal a la biblioteca de mi colegio. Enid Blyton me duró un suspiro y, a la par, recuerdo haber leído *Nada*, de Carmen Laforet, y *El Jarama*, de Sánchez Ferlosio, que me hicieron sentir que andaba perdiendo el tiempo con *Torres de Mallory*. También leí *La colmena*, de Cela, ya que, al ser la mayor de seis hermanos, todas las restricciones pedagógicas que luego se fueron suavizando con los años caían sobre mí con primogénita saña: si no me dejaban ver la película, yo buscaba el libro sin que nadie me preguntara nunca si lo que leía era adecuado para mi edad.

En aquel entonces, en mi pueblo solo se podían comprar libros en la imprenta Pruna. Según entrabas y quedabas delante del mostrador, a la derecha y a tu espalda una pequeña estantería contenía todas las existencias librescas (Bruguera, Anaya y Cátedra, sobre todo) y creo que casi todas las compré poquito a poco y con mi paga infantil. Estaría cursando sexto o séptimo del antiguo plan de estudios, por lo que andaría por los once o doce años, cuando, para celebrar el final de curso, la profesora propuso que al día siguiente lleváramos un regalo de amigo invisible. A mí me tocó una niña que yo sabía que celebraría un libro tanto como una trampa para ratones o un arado pero, egoístamente, me fui corriendo a la imprenta Pruna a comprar mi regalo. Elegí *Si una noche de invierno un viajero*, de Italo Calvino, que llevaba meses torturando mi voluntad de ahorro cada vez que

iba por un cuaderno o un rotulador. Por supuesto, lo leí esa noche casi entero y fui incapaz de desprenderme de él. Total, pensé, me va a odiar igual por regalarle un libro; de modo que envolví en papel de regalo un viejo ejemplar de *Maria Gripe* al que limpié las cubiertas y apenas si se le notaba que lo había leído dos o tres veces ya. No quedé en paz con mi conciencia hasta el día siguiente, cuando desde el colegio recorrí la calle Marcos Ruiz camino de mi casa con el regalo que otra niña me había entregado a mí, que no me hacía la menor ilusión y que soy incapaz de recordar. Pero que no era un libro.

Como una de las grandes hazañas de mi vida recuerdo también lo que me costó convencer a mi padre para que me dejara ir sola, por las tardes, a la biblioteca municipal. Cuando al fin lo logré, me convertí en un mueble más de aquella sala. Allí cayeron, al completo, lo escrito hasta la fecha por Carmen Martín Gaité y, menos su autobiografía, toda Agatha Christie. También Doris Lessing, quien, comparada con las dos anteriores, me pareció que no tenía tan claras sus ideas y que le costaba expresarlas de corrido. Pero me esforzaba en leerla con la ilusión de que estuviera algo prohibida o, al menos, mal vista. Sin embargo, gracias a ella y a sus libros hice mío el penúltimo consejo de su sabio aviso: «Solamente hay una manera de leer, que es huronear en bibliotecas y librerías, tomar libros que llamen la atención, leyendo solamente esos, echándolos a un lado cuando aburren, saltándose las partes pesadas y nunca leer nada por sentido del deber o porque forme parte de una moda».

A pesar de la gratitud que sentía por las bibliotecas, nunca me gustó tener que devolver algunos libros. No sabía qué cosa era una librería porque en Marchena no

había ninguna, pero que las amaba y necesitaba era seguro.

En uno de los números de la revista que compraba mi madre y con la que aprendí a leer, venía una larga entrevista con Esther Tusquets que hizo que me cayera del primer caballo de mi vida rural y sin alicientes. Hasta entonces, no se me había ocurrido que detrás de cada libro había una persona que los escogía y los construía casi desde la nada; desde que no eran más que un montón de folios o cuadernos. Creo que, de tantas veces como releí esas páginas, llegué a aprendérmelas de memoria. Esta señora tenía una editorial y, claro, editaba libros. Los seleccionaba, confiaba en ellos y creía en su necesidad aunque, muchas veces, hasta perdiera dinero. Decía que tenía dos autores que le permitían financiar a todos los demás. Puedo ver, como si la tuviera delante, aquella entrevista. Las firmaba una periodista que se llamaba Eva y cuyo apellido no recuerdo, aunque juraría que tenía dos sílabas. Un primer plano en blanco y negro de la editora, con unas gafas que me parecieron enormes y terribles, porque ya andaba temiendo que me las acabarían por recetar a mí (como así fue) llenaba las dos primeras páginas. Ese día decidí que sería editora, que encontraría a un Umberto Eco y a un Quino que no me hicieran pasar hambre y que, si me prescribían gafas, usaría lentillas. Lo segundo, sí que lo cumplí.

Un poco más tarde, viendo el desembolso y la locura que harían falta para ser editora, pensé que podría intentar ser escritora, pero me daba mucho miedo ser fea. Me apacigué un poco en mis temores con una fotografía de

Ana María Matute que ilustraba mi libro de Lengua y Literatura de séptimo u octavo. En esa imagen andaría ella por los últimos años de la treintena o pisando los primeros cuarenta, aunque a mí se me antojara muy mayor. Parecía como si el disparo fotográfico la hubiera sorprendido entrando en una habitación y miraba al frente con esa desesperación valiente de quien anticipa una presencia pero no se permite temerla. Como quien, si la encuentra, la enfrenta y no por ello se muere. Tras la escritora, se veían dos hombres que carecían del halo de misterio que la envolvía a ella. Llevaba una media melena apenas por encima de los hombros y, aunque la fotografía era en blanco y negro, era evidente que se había maquillado de rojo los labios. Me parecía más guapa y más todo que Jeanne Moreau, aunque de ese corte. Igual no estaba tan mal eso de escribir, me dije, pero lo que no estaba tan mal, ni mucho menos, era eso de leer. El único inconveniente que le encontraba era que nunca podría ganar lo suficiente para financiar mi pasión. Compraba todo lo que podía en la imprenta, me hice socia de Círculo de Lectores y, cada cuatro o cinco días, aparecía por la biblioteca para devolver tres libros y tomar prestados otros tantos. Entonces decidí que lo mejor que podía hacer de mayor era trabajar en una librería, lugares donde todos los prodigios eran posibles y que solo conocía por los libros mismos, ya que hasta los dieciocho años cumplidos y viviendo en Sevilla, no pisaría una de verdad. Y, quién sabe, si tenía las cualidades necesarias para el oficio y no dejaba de desearla con todas mis fuerzas, quizás con el tiempo lograría levantar mi propia librería en alguna esquina de algún mapa.

Todo eso sucedió. Me coloqué en una librería, monté la mía, la cerré, terminé de pagarla con sus intereses de demora algunos años después y aún la añoro, pero mereció la pena. Se anhela lo que nunca se ha tenido y se añora lo que se tuvo y se perdió. Hay tanta buena suerte en todos los rincones del verbo añorar que si la juventud no está para arruinarte por pagar su uso, no sé para qué otra cosa puede valer. De verdad que no.

PRIMERA PARTE

*Yo tuve veinte años, pero no me di cuenta.
Y ahora no los recuerdo.*

JULIA UCEDA

A veces los deseos se cumplen

Con veinte años ya me había casado. Mi marido y yo vivíamos en Sevilla y andábamos, tras algunos trabajos temporales, a la búsqueda de otro mejor. El corazón me dio un brinco cuando leí la oferta de empleo que insertaba ese domingo el diario *ABC*.

SE NECESITA VARÓN FUERTE Y LICENCIADO
PARA TRABAJAR EN LIBRERÍA

Y un número de teléfono, nada más. El año anterior habíamos vivido en un pequeño ático en Los Remedios, conocía el prefijo telefónico y sabía que solo podía tratarse de una de dos librerías: la buena o la mala. De las dos habíamos sido clientes asiduos. La primera, Palas, nos gustaba mucho y de la otra, aunque tenía el aliciente del libro descatalogado, huíamos despavoridos cuando la atendía la dueña, una señora de Burgos que solía tratar regular a los empleados y con bastante aspereza a los mismos clientes si, por ejemplo, le dolía un pie o tenía un poco de acidez. Todo el domingo y el lunes los pasé dándole vueltas a aquella notita de empleo.

—Mira esto —le dije a Ángel, tendiéndole el periódico.

—Me quedan dos asignaturas para acabar la carrera, pero puedo intentarlo.

—No, si te lo digo para mí.

—¿Tú? No eres varón, ni licenciado, ni fuerte.

—Cuando me enfado soy bastante fuerte.

—Aunque trabajaras todo el tiempo enfadada, te sigue faltando la licenciatura y ser un hombre.

—Ya.

Pero no conseguía desanimarme y, al caer la tarde, estaba decidida.

—Voy a llamar. Siempre estamos a tiempo, si me dice que no, de que te ofrezcas tú.

Desde el bar de al lado, ya que aún no teníamos teléfono, marqué los nueve dígitos, crucé los dedos y deseé que fuese la librería buena la que estuviera al otro lado. El teléfono lo descolgó la voz de la señora de Burgos que tan bien conocía, aunque ella no me recordase.

—Buenas tardes, llamo por el anuncio de ABC.

—Pero ¿eres una mujer, verdad?

—Sí, pero puedo hacer que no se dé ni cuenta.

—¿Cuáles son tus estudios?

—Empecé Psicología y Filosofía.

—¿Cuánto del total empezaste?

—Muy poquito. No he tenido tiempo.

—Mira, bonita, nadie puede acusar al anuncio que hemos publicado de falta de claridad.

—No, eso me ha gustado mucho. Les felicito.

—Solo contratamos a hombres, licenciados y que sean capaces de cargar y descargar camiones llenos de libros sin sudar.

—Verá, yo puedo hacer todo eso. Y sería una emplea-

da excelente. El periodo de prueba no me da miedo. Es de tres meses y aún lo pueden rescindir en los primeros quince días. No es un riesgo tan grande el que asumirían, ¿no?

—Soy tan dura como transparente. Quien ha vetado que las mujeres trabajen en nuestras librerías soy yo misma. Tuvimos malas experiencias en el pasado y esa condición no es negociable si no es con mis pies por delante, circunstancia que pienso dilatar todo lo que pueda. Lo siento muchísimo, aunque me has despertado la curiosidad y me gustaría conocerte.

—¿Cuándo?

—¿En media hora?

—Allí estaré.

—¿No necesitas la dirección?

—No hace falta, su voz es inconfundible.

De diez minutos, nos sobraron seis para ponernos de acuerdo. Mi marido me acompañaría y esperaría en Nova Roma, un salón de té que también se lo llevó el tiempo algunos años después y que quedaba, en la misma calle Asunción, muy cerca de la librería. En cuanto la señora de Burgos colmara su curiosidad y me volviera a rechazar, le avisaría para que optara al puesto. Por entonces, Ángel llevaba el pelo bastante largo y justo al lado de nuestra casa trabajaba su oficio un barbero.

—¿Debería cortarme el pelo, verdad?

—Es la librería mala.

—Me lo corto. Coge tú el taxi y yo te sigo.

Cuando llegué, un empleado se disponía a bajar la cancela y ella empezaba a hacer la caja del día. Al dependiente le dijo sin ninguna amabilidad que ya se podía marchar y él me miró con gratitud, pues se veía que su

jornada diaria solía acabar mucho más tarde. La señora de Burgos se dedicó a preguntarme todo lo que le apeteció y yo me dediqué a responderle sin llegar a colmar su apetito pues sabía, como Sherezade, que esa era mi única carta buena. Le llamó mucho la atención que, tan joven, anduviera ya casada. Al final, una hora larga después, me pidió que pasara de vez en cuando a verla y charlar un ratito, prometiéndome reconsiderar su veto. Hasta entonces no le dije que mi marido esperaba muy cerquita y que estaba dispuesto a empezar a trabajar cuanto antes. Que él sí era varón, casi licenciado y bastante fuerte.

—¿Dónde está ahora?

—En Nova Roma. Voy corriendo y lo aviso.

—Si te has casado con él dile que venga, que lo contrato.

La empresa, con los años, había ido creciendo y tenía varias librerías en Sevilla. Las de Asunción, República Argentina, Montecarmelo y avenida de la Constitución eran las de entonces, aunque después abrirían bastantes más, incluso en otras ciudades. Ángel empezó a trabajar a la semana siguiente en la librería de República Argentina y yo apenas tardé unas semanas en conseguir otro trabajo en la misma calle. Como sus horas de cierre y de hacer caja se dilataban tanto por costumbre de la casa, a menudo pasaba a recogerlo y llegué a conocer bien a los otros empleados.

Iban corriendo los meses y la señora de Burgos no dejaba de preguntarle por mí a la menor ocasión, a la par que se reiteraba en su promesa de hacerme sitio en

cuanto encontrara la oportunidad. Los compañeros de Ángel, todos varones, licenciados y, algunos, fuertes como pajaritos con algún hueso roto, solían bromear con el tema y creo que habían hecho apuestas. Ninguno de ellos arriesgaba el precio de una alcayata por que cumpliera su palabra, pero yo jamás dudé de que lo haría. Le había hecho gracia y le complacía la idea de tenerme cerca. A pesar de mi juventud, ya sabía que quienes habían apagado muchas más velas de cumpleaños que yo a menudo defendían con más bravura un capricho que sus verdaderas creencias, si es que las tenían.

A los pocos días de tener que renunciar a mi empleo de entonces por razones que a esta historia no atañen, estaba una tarde en casa sellando sobres con mi currículum a la tinta de Olivetti dentro, cuando llegó Ángel con una gran sonrisa y unos benjamines de cava.

—Que la señora de Burgos se ha enterado de que estás libre, que vayas a verla mañana y que has ganado la apuesta.

Yo ya conocía de primera mano las condiciones en las que trabajaban. La tensión diaria, la ínfima o inexistente tolerancia con el menor error o demora, el trabajo de carga y descarga que hay detrás del libro de oferta y de ocasión, los continuos y amanuenses cambios de precio, la avalancha diaria de novedades y pedidos a los que había que dar entrada y salida (pues las devoluciones no iban a la zaga), el plumero continuamente en mano para defender los libros de su polvo, las horas extras porque sí, las salidas al camino en tiempos de corredor keniatá (ya lo explicaré), la puesta en marcha de nuevas librerías con el trabajo gratuito de nuestros domingos a cambio,

nada más, de un montadito de lomo y otro de melva. Las horas extras no se pagaban, sino que acumulaban días libres que se apuntaban con lápiz en una agenda cuya alma carecía de honor. De esos días, luego y por los más variopintos motivos o codicia empresarial, no se podía disponer. Quedaban atrás las Navidades, se estrenaba año viejo y los días libres seguían allí anotados, como presos perpetuos sin revisión ni piedad. Si enfermabas, solo de imaginar que tenías que pedir dos horas para que te atendiera un médico, contraías una segunda enfermedad que, casi siempre, reunía síntomas de incontinencia digestiva y debilidad mental. En justicia, la cadena pagaba puntual y levemente por encima del sector en la ciudad y, si no te ibas derecho a que un psiquiatra se ocupara de ti y te internara en algún lugar tranquilo, te hacían fijo enseguida.

Pero nada me parecía tan grave que no tuviese consuelo o remedio. Por fin, cincuenta y muchas horas de mis semanas, al precio de cuarenta, transcurrirían dentro de una librería y fui feliz, solo de anticiparlo, como pocas veces lo he vuelto a ser después.